

## XVIII.

## Jemmapes.

Del mismo modo que era sumamente fácil, echando una ojeada sobre el mapa, formarse idea de la batalla de Valmy, lo era también de la de Jemmapes.

Hemos dicho que el ejército austriaco estaba alineado sobre las colinas que se extienden en anfiteatro desde Jemmapes hasta Cuesmes.

Dumuriez adoptó el mismo método para la batalla.

El general Darville, que ocupaba el extremo de la línea á la derecha hácia Frameries, fué encargado de ocupar las alturas, por donde podían los austriacos efectuar la retirada detrás de la ciudad de Mons.

Beurnonville, colocado despues de Darville en el orden de batalla, debía marchar sobre Cuesmes y atacarlo de frente.

Al duque de Chartres, á quien Dumuriez, fiel á sus planes, destinaba los honores de la jornada, le fué conferido el mando del centro y al mismo tiempo el grado de general.

Debía atacar Jemmapes de frente y procurar que parte de sus tropas entrasen en el boquete que forma el camino de Mons á Cuesmes.

El general Ferrand, que mandaba el ala izquierda, debía atravesar la aldea de Quarégnon y flanquear Jemmapes para sostener el ataque del príncipe.

La caballería debía sostener siempre á la infantería, y la artillería atacar los reductos por el flanco y apagar los fuegos.

Una numerosa reserva de infantería y caballería estaba situada detrás del arroyuelo de Vasme preparada para marchar.

Los cañones fueron los primeros que por ambos ejércitos empezaron el ataque; despues Ferrand y Beurnonville, segun las órdenes que tenían, se dirigieron uno por la derecha para atacar Jemmapes, otro por la izquierda para caer de frente sobre Cuesmes.

Ninguno de estos ataques tuvo buen éxito.

Eran las once; hacia tres horas que se batian en medio de la niebla, la cual al levantarse permitió ver que se habían hecho muy pocos progresos.

Para tomar Jemmapes era preciso tener uno de esos hombres á los que se dice:

—¡Marchad y morid!

Dumuriez podia disponer de un hombre de ese temple; era Thevenot.

Thevenot atravesó Quarégnon, hizo cesar el cañoneo, arrastró en pos de él las tropas de Ferrand y acometió con la música al frente y á la bayoneta á los austriacos.

A causa de la niebla no se podia distinguir á los soldados, ni si adelantaban; pero se adivinaba por la música, majestuosa armonía que parecia la precursora de la Francia.

De vez en cuando los cañonazos cubrian aquel ruido, pero en los intervalos de la detonacion se escuchaban las terribles y marciales notas de la *Marsellesa*, ante las que debían abrirse las puertas de todas las capitales de Europa.

Por aquella música que se iba alejando comprendió Dumuriez que había llegado el momento de hacer aparecer al duque de Chartres. El príncipe se puso á la cabeza de una columna y encontró una brigada, que al ver desembocar por el camino de Mons á la caballería austriaca, manifestaba cierta vacilacion.

Pero en aquel momento, un criado de Dumuriez, viendo que el general que la mandaba retrocedia con sus soldados, se lanza en medio del fuego, le amenaza con ponerse á la cabeza de la tropa con su librea, y le avergüenza. El duque de Chartres, llegaba entonces, recogiendo en sus filas á los fugitivos, y formando un batallón, al que dió el nombre de *batallon de Jemmapes*; el príncipe se bajó del caballo para subir la escarpada pendiente, y á la ca-

beza de aquellos héroes improvisados penetra en medio del fuego de la artillería, que convertía la montaña en un horno inmenso, se adelanta hasta Jemmapes, arroja del pueblo á los austriacos y se reune con Thevenot.

Inquieto Dumuriez con lo que sucedía á su izquierda, toma unos cien ginetes y se lanza á su cabeza por el camino de Jemmapes; pero no bien había llegado como á la mitad de la montaña, cuando se encontró con el duque de Montpensier, el que le anunció en nombre de su hermano que el pueblo estaba ya en poder de los franceses.

Desde el sitio en que se encontraba vió la vacilacion de las tropas que atacaban Cuesmes.

Dobles reductos detenían la marcha de Beurnonville, pero sin embargo, Dampierre, al llegar Dumuriez, se había lanzado solo seguido por un regimiento: despues en pos se precipitaron los voluntarios y tomaron las primeras líneas, pero recibían el fuego de otras dos. Los voluntarios parisienses creyeron por un instante que les habían amontonado bajo el fuego enemigo para destruirlos. Dumuriez llegó y los encontró conmovidos, sombríos y pronunciando en voz baja la palabra traicion.

Los dos batallones jacobinos aparentaron, sin embargo, estar ménos desanimados, porque los veteranos de Dumuriez contemplaban cómo se conducirían aquellos bisonños soldados.

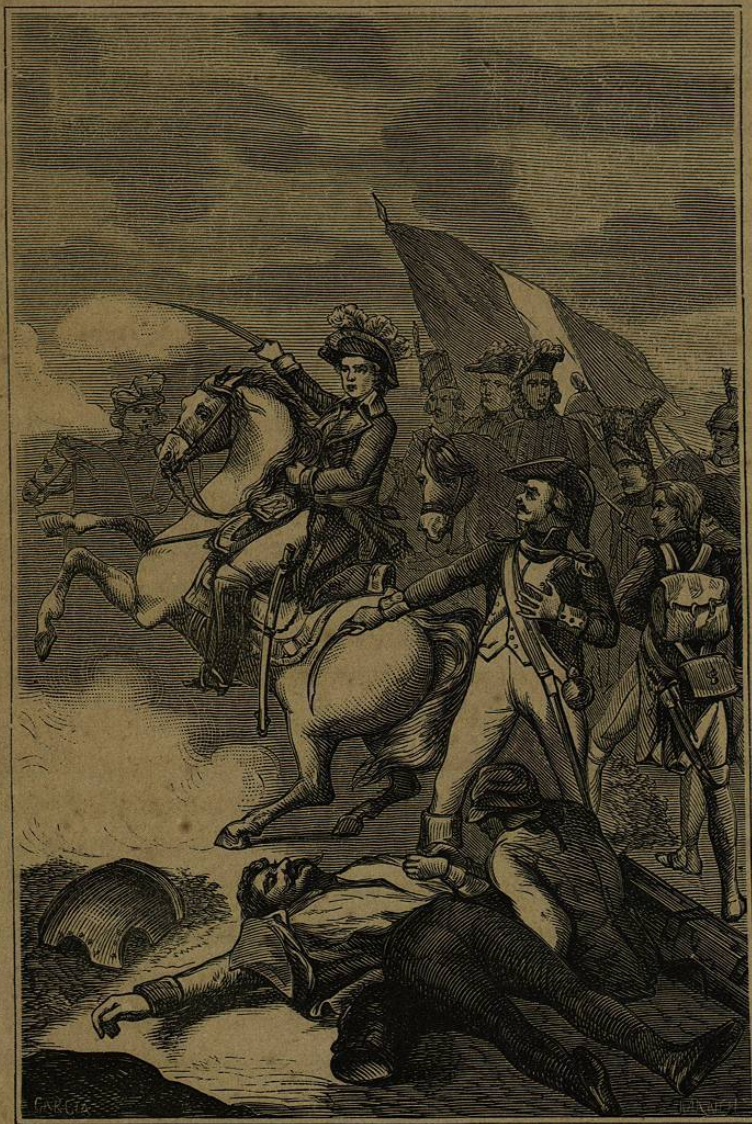
Dumuriez, tranquilo con respecto á su ala izquierda, determinó hacer en la derecha un esfuerzo supremo, y se arrojó en medio de los voluntarios.

Las masas compactas de dragones imperiales se movieron en aquel momento para cargar á la infantería parisiense; pero Dumuriez, espada en mano, se puso á la cabeza, exclamando:

—¡Fuego á veinte pasos; el que haga fuego antes es porque tendrá miedo!

Todos oyeron la órden: todos la ejecutaron.

Dejaron aproximar hasta la distancia de veinte pasos aquella caballería que hacía temblar la tierra, y entonces hicieron fuego los tres batallones.



El general Dumouriez se puso á la cabeza de los batallones, entonando la Marsellesa, y cargaron á los austriacos á la bayoneta.

Doscientos caballos y trescientos ginetes muertos formaron una muralla: despues, antes de dar tiempo á la caballería para que se rehiciera, Dumuriez hizo caer sobre ella su caballería ligera, la cual persiguió á los dragones hasta Mons.

Entonces el general Dumuriez se puso á la cabeza de los batallones entonando la Marsellesa.

El entusiasmo fué general: todos cantando el himno de la libertad avanzaron á la bayoneta.

Todos comprendian que el universo fijaba en ellos su vista en aquel momento, y cada cual se convirtió en héroe.

Pocos minutos bastaron para tomar los fuertes y reductos, en donde los artilleros fueron degollados al pié de los cañones y los granaderos húngaros muertos en sus filas.

Solo al llegar á las alturas de Cuesmes fué cuando hizo alto Dumuriez, lo mismo que el duque de Chartres y Thevenot en las de Jemmapes.

Desgraciadamente Darville no comprendió bien la orden en que se le mandaba vigilar las colinas, por las cuales debian retirarse los austriacos, y pasó el tiempo cañoneando los reductos sin ningun resultado.

Jacobo Merey no habia tenido puesto fijo: solo se encontró en todas partes: con Thevenot, cuando atacó á Jemmapes por la izquierda; con el duque de Chartres, al acometer el centro del enemigo; con Dumuriez, al apoderarse de los reductos.

Al dia siguiente figuraba su nombre en el informe de los tres jefes.

Las pérdidas fueron las mismas de una parte y de otra; cuatro ó cinco mil muertos.

Pero el resultado de la batalla de Jemmapes era más importante que un cálculo aritmético.

La batalla de Jemmapes era la causa del mundo entero, ganada en Valmy en primera instancia y en Jemmapes la apelacion.

No era como la de Valmy; la victoria de un ejército era la de un pueblo.

La infantería francesa adquirió en Jemmapes su reputacion.

En tiempo de Carlos V, la infantería española era la primera del mundo.

La infantería prusiana lo fué en tiempo de Federico el Grande, y desde Jemmapes lo es la francesa.

Desde aquel día, dos cantos patrióticos reemplazaron para los soldados franceses al vino y al aguardiente que se reparte en otros países.

Con la *Marsellesa* ganaron en las llanuras las batallas.

Con el *Ca ira* tomaron los reductos.

En lugar de almorzar, los soldados desnudos, en ayunas, despues de haber pasado en los pantanos una noche de Noviembre, vencieron cantando.

A las dos se habia ganado la batalla; entonces se callaron y se apercibieron de que tenian hambre y estaban cansados.

Se sentaron y pidieron pan, lo suficiente para no morir de necesidad.

Pero veian hácia el horizonte las hermosas llanuras de Bélgica, y más allá el mundo.

He visitado el campo de batalla de Jemmapes como visité el de Valmy.

En Valmy no habia otro monumento que el del corazon de Kellermann, que quiso tener su victoria por tumba.

¡En Jemmapes, nada!

Nada más sencillo que la ingratitud de la Francia para con sus hijos; estos tienen dos madres: la que les ha creado como hombres, y la que les ha creado como pueblos.

A la que les dió el sér como hombres, deben prodigar su amor.

A la que les ha hecho pueblos, deben darla más que su amor, su sangre.

Pero Bélgica, á la cual nada debian y á la que daban la libertad, ¿no debia haber consagrado una piedra, una lápida, á los soldados franceses?

En esa piedra hizo esculpir un leon y le colocó en el campo de batalla de Waterloo; ese leon amenaza la Francia.

¡Orgullo de pigmeo! ¡Ingratitud de gigante!

## XIX.

## Juicio de Luis XVI.

Jacobo Merey fué encargado por Dumuriez de presentar á la Convencion al jóven Bautista Renard, aquel que habia reanimado á una brigada cuando esta empezaba á retroceder.

Partió el 6 á las tres de la tarde, caminó toda la noche en posta, y el 7 llegó á tiempo todavía de presentarse en la sesión y anunciar aquella victoria inesperada.

—Ciudadanos representantes, dijo; mensajero de Valmy, hoy lo soy tambien para anunciar la victoria de Jemmapes; en el espacio de cuatro horas han tomado nuestros valientes soldados las posiciones tenidas por inexpugnables.

—¿Cómo? exclamaron cien voces.

—Cantando; contestó Jacobo Merey.

—¿Y qué pide para sus bravos soldados el general?

—Pan y zapatos.

Fué un momento de loco entusiasmo: los cañones de los Inválidos parecian disparar por sí solos: la noticia salió por todas las puertas y se esparció por París.

La gran poblacion, tranquila á medias con la victoria de Valmy, se estremeció de júbilo.

Las casas se iluminaron y los habitantes salieron en tropel: las calles se invadieron por completo, las campanas tocaron á vuelo y la multitud se dirigió á Tullerías.

José María Chénier, que pertenecia á la Convencion, hizo en la misma sesión las primeras estrofas de su himno

*La victoria, cantando, nos abre la barrera.....*

Méhul compuso la música.

Jacobo Merey llamó la atención sobre el joven Bautista Renard.

Refirió lo que había hecho, como él sabía contar: mostró el alma de un soldado bajo la librea de un criado, haciendo ver que todo se engrandecía en Francia, hasta los corazones de los mercenarios.

La Convención comprendió que debía elevar más al que por sí mismo se engrandecía.

Allí mismo votaron y le dieron las charreteras de capitán.

Después continuaron su interrumpida sesión.

Cuando se tuvo noticia de la batalla de Valmy, fué proclamada la república: el día en que se supo la batalla de Jemmapes, se empezó á juzgar al rey.

Después todo caminó á pasos agigantados.

Dumouriez ocupó Bruselas.

La Convención dió un decreto ofreciendo socorro y ayuda á los pueblos que desearan derribar su gobierno.

Aquellos que hayan leído lo que llevamos escrito con atención, habrán podido observar que hemos procurado en todas nuestras obras introducir la historia francesa y que la popularidad que hemos adquirido la hemos empleado en la educación pública.

Michelet, mi maestro, el hombre á quien admiro como historiador y también como poeta, me decía un día:

—Habeis enseñado al pueblo más historia que todos los historiadores reunidos.

Ese día me estremecí de alegría hasta lo más profundo del alma: ese día me enorgullecí de mi obra.

Enseñar al pueblo su historia es darle los títulos de nobleza, cartas de nobleza que son inatacables y para las cuales no habrá la noche del 4 de Agosto.

Es decir, que aun cuando haya estado arraigado en la nación, aunque haya existido como municipio, como Parlamento, como árbitro, en realidad no se remonta sino al día de la toma de la Bastilla.

Para subir en las carrozas del rey era preciso haber hecho las informaciones de 1399.

La nobleza del pueblo data del 14 de Julio.

El pueblo no existe sin la libertad.

Algunas veces olvidamos esta máxima santa, pero luego la recordamos, y preciso es fijarse en que, á pesar de nuestras flaquezas, hemos infiltrado en Europa los principios revolucionarios, y relativamente comparando la duración de la vida humana con la de los pueblos, se ha esparcido rápidamente.

Hemos dicho que el 19 de Noviembre, trece días después de la batalla de Jemmapes, la Convención, comprendiendo su poder y su derecho, había ofrecido protección y socorro á todos los pueblos que anhelaran cambiar su sistema de gobierno.

¿Por qué no hemos de dedicar algunas líneas para indicar quiénes eran los reyes que representaban aquellos gobiernos?

Inglaterra: Jorge III, un idiota. Rusia: Catalina, una ambiciosa. Austria: Francisco II, un Tiberio. España: Carlos IV, un palafrenero. Prusia: Federico Guillermo, un maniquí, que se dejaba manejar por sus queridas.

Pero los pueblos no caminan sino unos después de los otros, y es preciso que pasen años de tiranía para que caiga el velo de sus ojos.

El decreto de 1792, haciendo una llamada á los pueblos, fué publicado. Solo un país contestó: el Brabante; pero la revolución del Brabante fué sofocada.

Vino la revolución de 1830: el gobierno provisional incitó á los pueblos en favor de la libertad. Tres contestaron.

La Italia, la Polonia, la Bélgica.

Dos nadaron en sangre: Italia y Polonia.

Bélgica obtuvo la libertad y una Constitución.

Después se efectuó la revolución de 1848, la que hizo una llamada general en favor de la república.

Y entonces ya no fueron solo tres naciones las que reclamaron la libertad y pidieron una Constitución.

Austria, Prusia, Venecia, Florencia, Roma, Sicilia y las provincias danubianas, todo lo que está iluminado por el sol de la civilización proclamó la república.

Italia ganó la unidad, y el Austria, Prusia y las provincias del Danubio, Constituciones.

*¡Et nunc intelligete, reges!*

Pero continuemos la narracion de los acontecimientos.

El 27 se dió un decreto anexionando la Saboya á Francia.

El 30 tomó la ciudadela de Amberes el general La Bourdonnaye.

Detengámonos un momento y demos una rápida ojeada por la Inglaterra; la Inglaterra, á la que llamamos nuestra hermana mayor y nuestra amiga.

La Inglaterra, el país más adelantado en ciencias mecánicas, el más importante en fuerza naval y el que desde 1789 nos habia contemplado sin ocuparse ni cuidarse de nosotros.

Se habia encogido de hombros al ver nuestro entusiasmo y se habia burlado de nuestros voluntarios creyendo que al primer cañonazo austriaco ó prusiano se escaparían hacia Paris como una bandada de pájaros.

Pitt, el gran político, que nunca ha sido sino un dependiente vengativo, Pitt veía la Francia invadida y formando una segunda Prusia.

De repente vió iluminarse la frontera belga. ¿Qué sucedía?

Francia estaba en el Rhin, la Francia estaba en los Alpes. Amberes habia sido tomado.

La bayoneta de Francia amenazaba á la Inglaterra.

Entonces se sintió acometida la isla de los cuatro mares por uno de esos terrores pánicos que son proverbiales en ella, lo mismo que el que la acometió en 1805 cuando supo que Napoleon estaba en Boloña con un pié en los buques, y como el que sufrió en 1852 cuando cercaron el Parlamento tres millones de cartistas ó constitucionales.

Una comision inglesa se presentó para felicitar á la Convencion, pero su presidente, Gregorio, les espantó con estas palabras:

—Estimados *republicanos*. La dignidad real cae sobre los escombros feudales. Un fuego devorador los hará desaparecer; ese fuego es *la declaracion de los derechos del hombre*.

Pueden figurarse nuestros lectores el efecto que causaría la decla-

cion de los derechos del hombre en un país en el cual un aldeano no tiene el derecho de matar al zorro que come sus gallinas, ni al cuervo que arranca sus nueces.

La causa del rey continuaba, y la necesidad de hacer desaparecer los obstáculos para la revolucion era cada dia más imperiosa.

Conquistar al mundo para la Francia no era urgente; pero conquistarse á sí misma era necesario.

Tenia contra ella tres principios.

La Iglesia.

La nobleza.

El trono.

Ya hemos visto que la guerra de la Vendia fué apoyada por el clero.

Seis mil emigrados combatieron contra la Francia.

El trono, el rey era culpable; y la prueba es que los mismos realistas reclamaron en 1815 una recompensa por sus servicios, los que no eran otra cosa sino traiciones.

Y sin embargo, aquel rey, por su errada educacion, por invencible ignorancia, por creerse con derecho divino, se consideraba inocente.

La Francia se habia librado de la Iglesia poniendo en venta los bienes de los conventos.

La nobleza habia emigrado.

No quedaba más que el rey.

Era el último obstáculo, y por eso el odio fué mayor y la animosidad.

La máxima favorita de Luis XVI, repetida por el mismo Malesherbes, su defensor, y derivada de las célebres palabras de Luis XIV, *el Estado soy yo*, era:

—*La ley suprema es la salvacion del Estado.*

Pero esa es la dificultad.

¿El Estado comprende el trono ó la nacion?

Hoy la cuestion está resuelta, y los mismos reyes al subir al sólio dicen que no son sino los representantes del pueblo.

Verdad es que, una vez sentados en el trono, lo olvidan inmediatamente.

Pero no por olvidarse de un principio se destruye, sino al contrario, se obliga á los demás á que lo recuerden.

El error decía: «La ley suprema es la salvacion del Estado.»

La verdad dice: «La ley suprema es la salvacion pública.»

De modo que el rey habia conspirado contra ese bienestar general:

*Tratando de salir del reino.*

*Continuando en comunicacion con sus hermanos.*

*Protestando contra la revolucion en su manifiesto al rey de Prusia.*

*Y pidiendo á su cuñado, por medio de la reina, tropas austriacas para apoyarle y socorrerle.*

La Convencion ignoraba todo esto, puesto que nada se supo hasta la restauracion; pero comprendia por instinto que era indispensable la muerte del rey.

Si vivia, ¿qué harian de él?

Preso, siempre estaria conspirando para obtener la libertad.

Desterrado, conspiraria para volver á Francia.

La vida del rey, dirán, era inviolable.

Pero la vida y la paz de la Francia, ¿eran ménos inviolables que la vida del rey?

Matar á un hombre es un crimen.

Matar á una nacion es una infamia y una maldad.

A pesar de esto, todos los convencionales vacilaban al poner sus manos, no sobre el rey, sino sobre el hombre.

La mayor parte de ellos, fuera en sus discursos, fuera en sus escritos, habian rechazado la pena de muerte.

Aquellos hombres que cometieron tantas muertes tenian por principio esta ley de la humanidad:

«La vida humana es lo más sagrado que existe.»

Duport habia dicho: «Hagamos al hombre respetar al hombre.»

Robespierre dijo: «Es preciso por lo ménos, para condenar, que haya unanimidad de votos.»

Pero para dar el último golpe á Luis XVI escogieron un hombre cuya entrada en la Cámara era una violacion de la justicia.

No tenia más que veinticuatro años: se llamaba San Justo.

¡Precaucion de la Providencia!

Subió á la tribuna.

— Todos tenemos noticias de San Justo.

Lo hemos visto en sus retratos, grave, severo, delgado, rígido, con el cuello casi oculto en su corbata de batista, el rostro pálido mate, sus ojos azules, cuya mirada tenia la dureza eslava, coronados por las cejas, que formaban como una línea recta: la frente estrecha y los cabellos caidos casi hasta las cejas.

— Para juzgar á César no se necesitan más que veintidos puñaladas, dijo; es preciso matarlo; ya no hay ley para juzgarlo, puesto que él mismo la ha destruido. Es preciso matarlo como enemigo: solo se juzga á un ciudadano; para juzgar al tirano seria preciso hacerlo ciudadano.

Mátese como á un culpable cogido *infraganti* con las manos empapadas en sangre.

Además, la dignidad real es un crimen eterno; un rey es un sér aparte.

No existe ningun lazo entre el rey y el pueblo.

Preciso seria leer esta página, que tomamos de Michelet, para formar una idea exacta del efecto que produjo el discurso de San Justo.

La crueldad que encerraba el discurso causó profunda admiracion; á pesar de las reminiscencias clásicas (Luis es un Catilina), nadie sentia deseos de reir. El *decir* no era vulgar; demostraba un verdadero fanatismo.

Sus palabras lentas, comedidas, caian como el plomo y producian un sacudimiento semejante al pesado cuchillo de la guillotina.

Como para que el contraste fuera mayor, aquellas palabras inexorables brotaban de unos lábios casi femeninos. Sin aquellos ojos azules, severos, fijos, y sin aquellas cejas espesas y rectas, hubiera podido pasar San Justo por una mujer.

¿Era la Virgen de Táurida?